

# La Propaganda Católica

Semanario Literario, Científico y Artístico.

Año I.

Domingo 14 de Febrero de 1892.

Núm. 6.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

Toda la correspondencia se dirigirá á el administrador del periódico don Ramón Blanco Rojo.

## La Propaganda Católica

### LOS PUEBLOS SIN DIOS

Yo no sé si hay algo debajo del sol, más vil y despreciable que el género humano fuera de las vías católicas.

Donoso Cortés.

Esta opinión, expresada con la propia ardorosa grandilocuencia del eminente orador católico, es una verdad demostrada por la historia de todos los pueblos y de todas las épocas.

Cuando el hombre desconoce á Dios se desconoce á sí mismo, y en esta situación, el hombre es la peor de las bestias.

Sólo reconociendo su origen altísimo es noble y fuerte y virtuoso y sábio, porque su origen es Dios, fuente de toda sabiduría, de toda santidad y grandeza.

Descubramos algo, si es posible, al otro lado de la Cruz, en medio de las tinieblas de muerte en que vivían asentados los pueblos gentílicos.

¿Qué ocurre allí?

Pueblos y razas y generaciones malditas que se suceden unas á otras, heredando sus odios, sus idolatrías y sus brutales instintos.

Ejércitos innumerables, sedientos de codicia y de sangre, que después de haber sojuzgado la tierra, donde se había perdido toda idea de Dios, pretendieron escalar el cielo.

Pero apenas habían llegado á la altura á que se levanta el vuelo del ave más rastrera, el fuego de Dios cayó en inmensa catarata sobre la soberbia torre; y aquellas razas, y aquellos pueblos y aquellas generaciones idólatras, soberbios y vencedores hasta entonces, sintieron poseidos de indecible pavor y se desparramaron como rebaño de tigres hambrientos por toda la tierra conocida.

Si el mundo había sido antes pequeño para contener sus blasfemias, pequeño era ahora para ocultar su cobardía.

Pasan los siglos, y populosas ciudades parecen de nuevo sobre la superficie del planeta.

Los imperios rivalizan en poderío y grandeza unos con otros, y agigantados edificios y ejércitos numerosísimos dan

prueba de su poderosa vitalidad é indomable soberbia.

Millones de hombres esclavos trabajan como bestias para satisfacer la codicia de los emperadores y para embellecer los palacios y las ciudades de los déspotas sombríos en Ninive, Babilonia, Cartago y Roma, mientras que hordas salvajes vagan por inmensos desiertos buscando lugar á propósito para establecer nuevos imperios.

No busqueis la idea de Dios en ninguna parte, ni la justicia, ni la verdad, ni la caridad que son consecuencias de aquella.

Sensuales en la paz y sanguinarios en la guerra, hacen vil mercancía de las mujeres del pueblo vencido y animales de carga de sus enemigos prisioneros.

El mundo está dividido en dos castas, señores y siervos: porque cuando el hombre no reconoce de buena voluntad al Señor de los cielos, se vé obligado á reconocer, por la fuerza del látigo, señores en la tierra.

Y pasan más siglos todavía entregados los moradores del mundo á todo linaje de concupiscencias, hasta que al fin, aparece por Oriente el iris de paz anunciado por los profetas.

El mundo se extremece, y el ruido de las cadenas que sujetan á la humanidad oprimida resuena por todos los ámbitos de la tierra.

Caen los tronos de los déspotas con igual estrépito que al caer de las montañas, y mientras los tiranos hunden su frente en el polvo, los párias, los esclavos, las bestias de carga, hasta aquel día, levantan su frente hacia el cielo.

Resuena la palabra *libertad*, ignorada hasta entonces, y nacida en la cima del Calvario: y el esclavo se hace hombre.

Pronúnciase la palabra *igualdad*, y el hombre aprende que tiene un alma dotada de iguales privilegios, de igual divino origen y con iguales derechos al premio y al castigo que el alma de sus señores.

Suena, en fin, la palabra *fraternidad*, y el hombre abraza á su compañero de cadena, hombre como él y de él hermano; sin distinción de color, de nacionalidad ni clase.

Ahora bien: el árbel hermoso y gigante de la Iglesia de Dios, fecundado con la sangre de su Hijo, con la sangre de los mártires y la de los heroes que también sucumbieron en su defensa, dió un día frutos de grandeza incomparable y

siglos de incomparable ventura al mundo y á España particularmente.

Cuando las banderas nacionales bendecidas por la Iglesia ostentaban entre sus pliegues el lema *Dios, patria y Rey*; cuando los capitanes juraban sobre la cruz de sus espadas y los soldados entraban en los combates bendecidos por los sacerdotes, el mundo era pequeño para contener nuestra grandeza, y no hubo laureles bastantes para orlar las frentes de nuestros sábios, de nuestros capitanes, de nuestros poetas y de nuestros artistas. Y es que cuando los pueblos fían en Dios, y en Dios esperan, y en Dios viven, y por Dios batallan, hay algo sobrehumano que los alienta, algo superior al calor del corazón que les dá bríos incomprensibles, que los empuja por los caminos de la victoria; algo que tiene fuerza incontrastable y que no puede ser más que el soplo de Dios, que jamás abandona á los que en Él esperan y por Él combaten.

El catolicismo seguía su camino de verdadero progreso en medio de las bendiciones de todos los hombres, cuando de improviso la concupiscencia de un poderoso y la vanidad y la lascivia de un apóstata, vinieron á torcer el curso magistoso de aquellos purísimos manantiales de prosperidad y de gloria. Hondas y violentísimas disputas conmueven entonces el seno de Europa, y los pueblos y los reyes caen unos sobre otros, defendiendo la verdad los unos, el error los otros, pero derramando torrentes de sangre, que la historia imparcial hará caer, gota á gota, sobre las cabezas del concupiscente coronado y del apóstata despechado y lascivo.

La mala doctrina echó raíces en medio de los pueblos cristianos, y á contar desde aquel día la libertad se convirtió en tiranía, la tiranía en privilegio, la fraternidad en odio al que se abrazaron la bandera de la rebelion contra la Iglesia y la bandera de la negación contra la autoridad.

Y como las ideas igualmente que los hechos, tienen que deslizarse forzosamente por el plano inclinado de la lógica, á la rebelión contra la Iglesia, sucedió la negación de la autoridad sucedió la decapitación ó el destronamiento de los reyes.

Y embriagados de soberbia y enloquecidos con sus sangrientas victorias, los pueblos modernos intentan á semejanza de los antiguos, escalar el cielo, y

